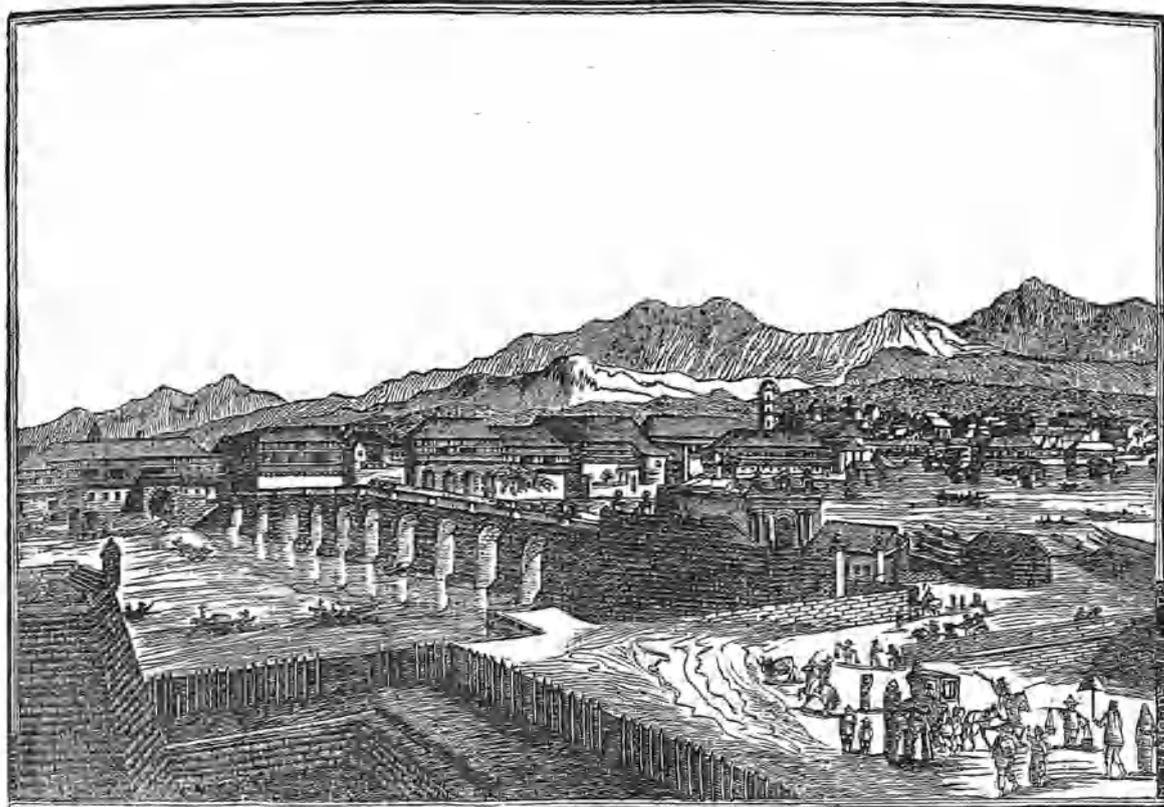


ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista del río Pasig desde el fortín de Manila.)

LAS ISLAS FILIPINAS.

ARTÍCULO TERCERO Y ÚLTIMO.

MANILA, la capital de esta preciosa colonia, asiéntase á la embocadura izquierda del caudaloso Pasig, que bañando sus murallas comunica la vasta laguna de Bay, de 30 leguas de circuito, con la bella y espaciosa bahía á que aquella dá nombre. El aire grandioso de sus casas, el infinito número de los carruages que ruedan por sus calles, la alegría y movimiento que por todas partes se observa; todo indica la actividad y la opulencia de una ciudad comercial. ¡Qué espectáculo tan grandioso, qué escena tan imponente no se presenta á la vista, ya se dirija esta á su rada, en que se hallan fondeados innumerables buques mercantes de tantas naciones diversas, con sus formas tan opuestas, sus trages tan varios, donde todo respira magnificencia y riqueza: ó bien á su encantadora campiña, cubierta de perpétuo verdor, sembrada de pueblecitos, con su tortuoso río y canales que en él desembocan, surcados por infinitas barquillas! Manila propiamente dicha, la ciudad de guerra, comunicase con sus arrabales por medio de un soberbio puente de piedra de 149 varas de largo y 8 en todo su ancho, sustentado por 10 arcos. Sus fortificaciones, aumentadas despues de 1762, época en que fue tomada por los ingleses, son mas que suficientes para contener los ataques de las naciones orientales, y no

AÑO VII.

débiles para resistir al cañon europeo. Seis puertas dan paso al exterior de su recinto, entre las que se distinguen por su gran concurrencia la llamada del *Pariam*, que dá mas próximo paso al puente. Sus calles son rectas y espaciosas, con anchas aceras y buen alumbrado. Las casas, edificadas en forma rectangular ó cuadrada, no tienen mas que un piso sobre los bajos, que son de piedra sillería, en los que no se habita por la humedad de la tierra y estar destinados para cuadras, almacenes y algibes; algunos sin embargo, aunque en pequeño número, tienen tiendas; los altos, contruidos de madera cubierta de argamasa, tienen un corredor saliente ó galería exterior, en cuyas ventanas hay persianas y bastidores corredizos cubiertos de conchas transparentes en vez de cristales, que oscurecen un poco el interior de los aposentos, pero los defienden de los reflejos del sol. Dos plazas tiene esta ciudad; la de armas, y la llamada de la *Fuerza*. Decora uno de los lados de la primera la catedral, edificio sólido y de regular arquitectura; á su costado derecho las casas consistoriales, de bella apariencia, y á su frente el palacio de la Capitania General, de formas pesadas y estilo no muy correcto. Tiene Manila otros buenos edificios, entre los que se distingue por su airosa fachada y arquitectura de mucho gusto, el que fue convento de los jesuitas, y la elegante y graciosa Aduana nueva, de construcción moderna, edificio espacioso, elevado, y de formas ligeras. Mas al referir los edificios de esta capital, no podemos pasar en silencio el convento y templo de los religiosos agustinos calzados: fue su fábrica comenzada en 1599; su maestro Fray Antonio de Herrera, que se dice fue

10 de abril de 1842.

hijo natural del célebre é inmortal príncipe de los arquitectos españoles, y á quien un lance de honor en España le obligó á partir á aquellas remotas rejiones. Són sus cimientos y altos arcos de su iglesia de magnificas bóvedas de sillera, primorosamente trabajados; y tan sólidos, que á pesar de los horribles temblores que le han sucedido, no ha hecho aun el menor resentimiento.

Manila carece de teatros públicos por falta de actores españoles que inspiren los sentimientos de la representación, pues no puede darse aquel nombre con propiedad á un espacioso camarín de cañas y nipa, donde hace dos años se representan con alguna regularidad por compañías del país, piezas de nuestro teatro antiguo y moderno; mas en cambio este pueblo, amante de las grandes reuniones y de los placeres del campo, disfruta ya de romerías parciales donde se goza de la alegría y franqueza natural del país; otras de las fiestas de los cercanos pueblos, á donde se transporta crecido número de los moradores de la capital y circunvecinos. Participan aquellas siempre de un carácter religioso, en que figuran músicas de los regimientos de Manila. Decóranse sus calles con arcos de triunfo, pórticos y templos de ramaje y flores artificiales, que ofrecen el golpe de vista mas gracioso y pintoresco, iluminados por la noche con transparentes, multitud de vasos de colores y farolitos chinescos, concluyendo con fuegos artificiales, accesorio indispensable en todas sus fiestas. Después de las ocupaciones del día, á medida que el sol se aproxima al horizonte, crece por grados la animación de esta capital y todos los variados carrujes, mueble allí de necesidad, salen y se dirijen al paseo de la Calzada, que ocupa gran parte del exterior de su

recinto, donde se cruzan, se siguen y vuelven á pasar con una rapidez extraordinaria.

Manila tiene una sociedad económica, otra de sanidad, una escuela náutica, una universidad y tres colegios para hombres: dos colegios y tres beaterios destinados á la enseñanza del bello sexo. Cuenta cuatro conventos de religiosos, uno de monjas, dos hospitales y once iglesias, comprendidas la catedral y las de los conventos referidos. Los temblores de tierra son en ella muy frecuentes, aunque rara vez ocasionan desastres. En el de 1824 los sacudimientos cuartearon algunos edificios, y entré ellos dos ojos del puente. El aspecto de esta ciudad, donde mora la mayor parte de los funcionarios y empleados del gobierno, es grave, y revela el carácter sério y compasado de los antiguos españoles sus fundadores. Mas si de aquí pasamos el puente y entramos en sus arrabales, divididos en 12 pueblos ó cuarteles, entre los que sobresalen por su movimiento Binondo, Santa Cruz y Tondo: qué contraste, qué aspecto tan diverso y animado no presenta esta segunda ciudad con sus barquillas de travesía ó cargadas de mercancías, que se cruzan y atropellan, con su multitud, que ajitándose por todos lados y en todos sentidos, colorean este animado cuadro tan interesante por la diversidad de los trajes y costumbres locales! Residencia de la mayoría de los comerciantes españoles y extranjeros, y de los chinos con sus variadas tiendas y talleres, es en fin la ciudad industrial y comerciante, el centro de la actividad de los negocios. Los últimos, considerados en Filipinas como en Europa los judíos, son el objeto del odio y animadversión general, por haberse apoderado exclusivamente del comercio. Es-

pulsados unas veces por las sublevaciones que han promovido, tolerados otras, han sido por fin consentidos por las autoridades, y puede decirse que en el día se encuentran exclusivamente apoderados del comercio al menudeo, olvidándose por aquellas que su tolerancia en el país fue decretada por el gobierno supremo á condición que se dedicasen á la agricultura.

El rápido bosquejo que hemos trazado, dá á conocer la estension, riqueza é importancia de las Filipinas; manifiesta también que todo está allí en su infancia, y no cabe duda que bien regidas y administradas, permanecerán aun muchos años bajo la dependencia de España. Las Filipinas por su situación geográfica, por la riqueza y variedad de sus producciones, por su numerosa población, dulzura y flexibilidad de sus habitantes, son susceptibles de un engrandecimiento incalculable. Pueden llegar á rivalizar con la Habana si no á excederla; pero es indispensable que el gobierno supremo se ocupe algo mas de su administración, y mire muy detenidamente la elección de altos funcionarios que allá envíe. Sin gobierno no puede haber prosperidad en ningún país.

M. MAYO DE LA FUENTE.

Tenemos á la vista los dos primeros discursos que en la cátedra de Historia universal establecida en el Liceo de Valencia, ha pronunciado el distinguido socio y profesor, el Sr. D. PEDRO SABATER: cuyos discursos ó lecciones envuelven tal profundidad de ideas, tal copia de erudición y riqueza de estilo, que se aparta mucho del reducido círculo que hasta ahora se ha dado entre nosotros á esta clase de enseñanza, y revelan bien á las claras el esquisito gusto y meditación que debe emplear en esta obra concienzuda. Creemos por lo tanto hacer á nuestros lectores un delicado presente transcribiendo aquí uno de los trozos mas brillantes de la segunda lección, que envuelve una pintura filosófica á par que poética de las cualidades distintivas del bello sexo.

LA MUJER.

GRANDE y sublime es, señores, la pintura que nos hacen Milton y Buffon de los sentimientos que agitaron al primer hombre, cuando al salir del sueño en que Dios le había hecho reposar, vió á su lado la mujer; empero, por grande y por sublime que sea esta pintura, quédase muy atrás de la realidad, si consideramos este acontecimiento, colocándonos en la posición de nuestro primer padre.

Solo en el Paraíso Adán, y sin otro espectáculo que el de la naturaleza, á la par que se estasiaría su mente, y se agradaría su vista con tan magnífico cuadro, debía sentir un vacío en su corazón, y conocer que no podían llevarle ni las flores de las campiñas, ni el murmullo de las fuentes, ni el tronido de las tempestades.

Nosotros que nos acostumbramos á mirar al bello sexo desde que nacemos; nosotros que en los primeros años de nuestra vida asistimos á sus juegos y diversiones; nosotros que las primeras veces que abrimos nuestros labios los abrimos ya para alabar esa belleza dominante del universo, no podemos comprender profundamente el grupo de seductoras sensaciones que debía apoderarse del hombre, cuando entreabriendo sus ojos señolientos encontró á su compañera. Y sin embargo de los numerosos precedentes que nos impiden admirar cual corresponde á ese ser destinado á formar nuestra ventura, ¿quién es capaz de describir lo que sentimos, cuando arribados á la época de las pasiones, logramos estrechar entre nuestras manos la de una jóven de nuestra edad? Las violentas sacudidas de nuestro corazón en aquellos momentos; la deliciosa expansión de todo nuestro ser pasados algunos instantes; la vida y el calor que adquiere nuestra existencia; el fuego que brilla en nuestros ojos; el temblor que se apodera de nuestras carnes; el nuevo mundo de felicidad y de gloria que brilla entonces á nuestra vista, son, señores, sentimientos inexplicables, indefinibles, que no tienen palabras en ninguna lengua, y que solo pueden ser comparados á aquella bienaventuranza ideal con que concibe la mente humana la bienaventuranza de los cielos.

Y con razon y justicia produce en nosotros tan maravilloso efecto la mujer. Formada á la semejanza del varón, así como éste lo fue á la de su criador, sobrepújale en hermosura por la mayor elegancia de sus formas; aventájale en delicadeza por la mayor suavidad de sus carnes, y eclipsale en hidalgüía por la mayor ternura de sus miradas. Fornido y nervudo el brazo del hombre, anuncia con su fortaleza que ha sido destinado por el cielo para abrazar las armas, despojar los montes, cruzar los mares, y arrebatarse sus secretos á la tierra. Suave y torneado el brazo de la mujer, publica con su blandura y su belleza que ha sido destinado para ceñidor de amores, para sosten de la niñez, para bálsamo de las heridas y consuelo de los desgraciados. Poblado de vello y poco saliente el pecho del primero, parece á un escudo colocado por la naturaleza para servir de guarda al corazón, mientras que abultado y hermosísimo el segundo, osténtase como la fuente de la vida y el depósito de los cariños. ¿Y qué diremos, señores, de los ojos? Nunca los de la mujer aterran con miradas coléricas, como los de los hombres; jamás aquellas pupilas voladoras espresan perfectamente una pasión como no pertenecza á las pasiones celestiales, en que nos sobrepujan de gran distancia. Ofended á una matrona en lo mas vivo de su honor, y veréisla llorar desesperada, y contestar á vuestros insultos con suspiros, hasta que el despecho y su natural orgullo le dictan otra venganza. Ofended en iguales circunstancias á un varón, y el fuego de sus ojos, el resacaamiento de sus labios y el retremblar de sus miembros, os dirán con mudas voces que está sediento de vuestra sangre. No son estas las únicas ventajas con que vence al hombre la mujer; existen otras muchas que la colocan en una altura, de donde es difícilísimo derribarla. Ella, por ejemplo, crea la sociedad, porque doméstica al varón, y sirve de base á la familia; crea la patria, porque se apega al suelo en donde nace, ama hasta las piedras que pisó en su infancia, y no tiene bastante audacia para abandonar á sus padres ancianos y moribundos, ni á sus hermanos pequeñuelos, á manera que lo verifica el hombre llevado de su ambición y su codicia.

Y sin embargo de tan altas prendas, á pesar de ser la mujer una especie de ángel descendido del cielo, el cielo la ha destinado para víctima del hombre; del hombre que la conduce al sacrificio sin tener compasión de su belleza; del hombre que la convierte en esclava suya; del hombre, en fin, que raras veces se acerca á ella sin mancharla.

Con efecto, señores, para conocer á fondo hasta qué punto es destinado el sexo débil para víctima del sexo fuerte, no hay sino fijar la consideracion en las tres épocas en que puede dividirse la vida de la mujer. Fijémosla, y veremos al momento que emplea la primera en embellecerse para agradarnos; la segunda en ajarse para conservarnos; la tercera en levantar las manos al cielo para que nos haga venturosos. Se embellece para agradarnos en su juventud, porque solo ambiciona nuestro amor; se aja para conservarnos en su virilidad porque nos amamanta con sus pechos, destruyendo su hermosura; y levanta las manos á los cielos en su vejez, porque naturalmente religiosa la mujer, dedica los últimos años de su vida á rogar por sus padres y por sus hijos, por los huérfanos y por los desventurados. Dada esta idea general de la persona que ha destinado el Criador para acompañar al hombre en su carrera, anudemus la narracion que quedó pendiente en la otra noche, y volvamos al exámen de las pasiones.

Profundamente ratiocinó Madame Stael, cuando hablándonos en una de sus obras del amor, nos dijo que esta pasión era un episodio de la vida del hombre, y la vida completa de la mujer. El bello sexo, señores, ha sido arrojado á la tierra para personificar al amor; el orgullo, la vanidad y las demas pasiones que dominan en su corazón, están subordinadas á esta, que es su todo. Cumpliendo con su apacible destino, la mujer ama cuando niña á sus juguetes con mucho más cariño que nosotros; ama cuando jóven á sus amantes con mucha más violencia que nosotros; ama cuando madre á sus hijuelos con fuego más ardiente que nosotros, y siempre, por último, pero en particular en su ancianidad, ama á sus ángeles y á sus dioses con fé más pura y con mayor vehemencia que los hombres.

No por eso se crea que el alma de la mujer se halla exenta de otras pasiones; despedázala á menudo, como hemos anunciado, pero subordinadas al amor, el orgullo y la vanidad. La primera de estas, segun el célebre dicho de una escritora francesa, es el remedio que ha colocado Dios en su pecho para sufrir las traiciones de los hombres: la mujer, dice Madame Genlis, raras veces olvidaría sin el orgullo que la domina; mas éste sentimiento es una de sus armas defensivas, y la causa principal de que no se vea á todas horas pisoteada por los hombres. Hemos citado á esta escritora, porque convenidos de que el corazón del bello sexo es una arca misteriosa que oculta muchos secretos que se escapan á nuestra vista, queremos recurrir á sus mismas confesiones para revelarlos.

Respecto á las demas pasiones que agitan á la mujer, ¿quién desconoce que son hijas del amor? Ella es capaz de todo cuanto ama; es una leona que todo lo despedazará si así conviene á sus amores; es un Job que todo lo sufrirá con resignacion si así lo exige su cariño. Conducidla á los tormentos más atroces, y escupirá su misma lengua en el rostro de sus verdugos, para no descubrir entre los dolores á su amado; decidla que es forzoso cometer un crimen para ceñir las sienes de un hijo suyo con una corona, y mandará matar á Británico como Agripina, para asegurar á su hijo, el discípulo de Séneca, en el imperio del universo.

No han faltado entre la multitud de sabios y filósofos que se han propuesto examinar la condicion humana; no han faltado, señores, algunos que mal avenidos con el sexo hermoso ó escasos de comprension, le hayan atribuido á esta mitad preciosa de nuestra existencia el torpe vicio de la voluptuosidad y el sensualismo. Sin opinar nosotros como Lutero que defendia públicamente que las pasiones sensuales habian sido establecidas por Dios con fuerza mayor que la que habia dado á sus mandamientos, no dejaremos

de vindicar á la mujer de esta calumnia, comparando su carnalidad con la de los hombres.

El bello sexo, señores, toma el tipo de sus costumbres, de las costumbres que ostenta el sexo fuerte. La perversion de la moral y el desenfreno de las pasiones, ha sido en todos tiempos el resultado forzoso de una multitud de circunstancias á que no ha concurrido la mujer. Hija la corrupcion de Grecia, por ejemplo, de la filosofía de Epicuro, en los griegos reconocia su causa que la estudiaban y no en las vilipendiadas matronas de aquella nacion: remedo y contagio la corrupcion romana de la de Atenas por los jóvenes romanos que frecuentaban aquella ciudad, habia sido apadrinada y difundida. Las mujeres, repito, toman el modelo de sus costumbres, de las costumbres de los hombres, y agena es la culpa si llega á pervertirse el bello sexo. Cuando el digno descendiente de Caligula, deseoso de cortar de raiz el desenfreno de las matronas que se entregaban á sus esclavos, dictó aquella ley que las condenaba á la esclavitud, ya habia dictado Augusto, pero en vano, la famosa Papia Poppa que invitaba á los ciudadanos al matrimonio que aborrecian; cuando la obscena Mesalina pasaba las noches en los lupanares de Roma, ya habia manchado César el lecho del imperio durmiendo en traje de mujer con el monarca de Bithinia.

Ademas de esto, señores, es tan falso y colunioso que la mujer sobrepuja en sensualismo el sexo fuerte, como cierto que el sexo débil queda fuera de círculo, y abandonado cuando la corrupcion llega á su extremo. Rival de Dios en su orgullo la mente humana, como dijimos la otra noche, empuñase cuando se corrompe y estravia en contrariar á la naturaleza, y fuerza y atormenta á la materia para arrancarle placeres desusados. En las épocas principalmente en que el hombre llega á olvidarse de Dios, en aquellas épocas en que triunfa el ateismo de la religion, suele ser muy comun la demencia de nuestra alma, y casi seguro el desprecio de las leyes naturales. Cuando irritado el Señor determinó derramar la copa de sus venganzas sobre los pueblos de Sodoma y de Gomorra, aquellos pueblos que, segun nos dicen los libros santos, habian desconocido al Omnipotente, desconocieron también á la mujer; cuando olvidada en Grecia la filosofía de Pitágoras y Platon, fue sustituida por las dudas del pironismo, aquella Atenas que desconoció á los cielos, desconoció también á la mujer; cuando estinguida la ardiente fé de la república romana convirtieron los ciudadanos los antiguos templos en teatro de orgias y sacrilegios, aquellos hombres que habian desconocido la influencia de sus Dioses, desconocieron también á la mujer. ¡Sublime y venturoso destino, señores, el del bello sexo; vivir á la par con Dios en el corazón de los hombres, y desaparecer con él cuando los hombres se corrompen!

PEDRO SABATER.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL GRAN CARDENAL DE ESPAÑA.

LA vida y memorables acciones del gran cardenal de España D. PEDRO GONZALEZ DE MENDOZA es una de las páginas ilustres que deben consultarse en nuestra historia nacional. Como gran político é influyente, durante el reinado de los Reyes Católicos, y por cuya mano pasaron casi todos los negocios de algun interés é importancia, está su historia enlazada con la de la monarquía; y como hombre benéfico y religioso, numerosos monumentos y piadosas fundaciones atestiguan en mil partes la grandeza de su alma y su genio emprendedor. Llamado por antonomasia el *Gran cardenal de España*, fue respetado y hasta temido, aun de los mismos monarcas; y sus inmensas riquezas, numerosas dignidades y bien merecido prestigio, le colocaron en los puestos mas brillantes y eminentes; tanto, que Pedro Martín de Angleira le llama á cada paso *tercero rey de España*.

A los 24 años, ya tuvo en la corte de D. Juan II autoridad y valimiento; pasados dos, fue obispo de Calahorra

y Santo Domingo de la Calzada; mas adelante de Sigüenza; abad de Valladolid; luego cardenal; canciller mayor de Castilla; abad cameral de Fiescamp, en Normandía; administrador del obispado de Osmá; abad de Moreruela, y por último arzobispo de Toledo y primado de las Españas. Nadie, es verdad, poseyó como él tantas dignidades; pero tambien es cierto que pocos le igualaron en los esclarecidos servicios que prestó á la iglesia y al Estado; y sí lo es tambien que como hombre particular tuvo sus debilidades y flaquezas, como hombre público fué de carácter firme, de valor y de energía en las situaciones críticas y lances apurados, cuyo desenlace fue confiado á su destreza y política.

En la villa de Guadalajara, solar de una de las mas ilustres familias, nació D. Pedro Gonzalez de Mendoza el 1428, cuyos padres fueron D. Pedro, señor de la casa de Mendoza, de Hita y de Buitrago, y Doña Catalina Figueroa, hija del maestre de Santiago D. Lorenzo Suarez de Figue-

roa. Pasados sus estudios en Salamanca, por el gran valimiento de su hermano el marqués de Santillana, y duque del Infantado, vino el 1452 á la Corte á servir en la capilla de D. Juan II, donde permaneció hasta que fué á residir sus iglesias de Calahorra y Santo Domingo, para las que fué presentado por el monarca, que hacia el mayor aprecio de su instruccion y talentos; pero los negocios del estado le llamaron bien pronto cerca de la persona de Enrique IV, para ajustar las diferencias que habia en Cataluña de resultas de la muerte del desgraciado príncipe de Viana. Mayor fue aun el servicio que hizo D. Pedro á D. Enrique pasado un poco tiempo, avisándole con anticipacion de la traicion que contra su persona querian cometer, asegurándose de ella varios señores de Castilla, celosos de el maestro de Santiago y conde de Ledesma, D. Beltran de la Cueva. La sola presencia del cardenal en esta ocasion contuvo la audacia de aquellos magnates, y los hizo retirarse corridos y avergonzados, pero no arrepentidos, pues en Avila alzaron pendones por el infante D. Alonso, y en una farsa abominable y en público cadalso, degradaron á D. Enrique y le despojaron de las insignias reales, rompiendo este atentado en un maniquí que le representaba; pero en la ejecucion de este horrendo atentado puede gloriarse la ilustre casa de Mendoza y sus sucesores los duques del Infantado, que entre tantos grandes, títulos y prebados que allí se encontraron, ninguno de esa familia contribuyó á aquel crimen, antes bien todos se unieron para defender á su legitimo dueño, y solo el marqués de Santillana acudió con 700 lanzas y mil y tantos peones.

Medio arregladas estas diferencias, otro negocio más árduo puso á prueba al cardenal y sus parciales. Tal fué el casamiento de la infanta Doña Isabel, hermana del rey, y sus derechos á la sucesion de la corona. En un principio, celoso el prelado de la honra de su rey, de quien se decía no ser hija la princesa Doña Juana, llamada vulgarmente la Beltraneja, estuvo siempre de parte de esta señora, para que se la declarase por sucesora de estos reinos; pero con todo, estorbó la violencia que se queria cometer con Doña Isabel, haciéndola casar con D. Pedro Girón, maestro de Calatrava. Todo esto llenaba la España de disturbios y parcialidades, que siguieron con más fuerza despues de la batalla de Olmedo y muerte del príncipe D. Alonso. Con motivo de esto, anduvieron mas vivos los concertos y los partidarios de Doña Isabel; pudieron conseguir por el año 1468, cerca de la venta de los toros de Guisando, fuese jurada esta princesa por legitima sucesora de D. Enrique, en lo cual ni tuvo parte el cardenal ni su familia, por estar creídos que Doña Juana era hija legitima, y por consiguiente con mejor derecho; pero esta señora se dió luego tanta prisa á desengañarlos, que no pudieron menos de mudr de parecer, y ayudar en un todo para la quietud de estos reinos á Doña Isabel, y á el que era ya su esposo el príncipe D. Fernando, primogénito de Aragón y de Sicilia; y así es que pesados el rey de que su hermana hubiese sido jurada, trató de prenderla; pero todo lo estorbó el cardenal Mendoza, y habló con interés al monarca, persuadiéndole que en las próximas Cortes de Segovia ratificase su declaración y nombramiento, lo cual se verificó, y todo quedó arreglado; tanto que á la muerte de D. Enrique, que acaeció el 1474, le sucedieron sin obstáculos alguno en las coronas de Castilla y León los príncipes D. Fernando y Doña Isabel.

Peró las injustas pretensiones del rey de Portugal, casado con Doña Juana, volvieron á poco á incóndar una guerra desastrosa; á pesar de los esfuerzos del Cardenal en apaciguar á aquel monarca obcecado, que encontró su derrota y desengaño en la desgraciada jornada de Toro, cuyo éxito Julia, para los Reyes Católicos, se debió en mucha par-

te á D. Pedro, ya porque influyó para que no se diesen las treguas que el portugués pedía, ya tambien por los numerosos auxilios de gente y dinero que prestaron en esa guerra, tanto el Cardenal, como toda su familia; pero no pudo permitir su compasivo corazón que fuesen muertos gran porcion de prisioneros, que los castellanos querian inmolarse en desagravio de las víctimas que perecieron en la accion de Aljubarrota; antes por el contrario, inclinó el ánimo del rey para que libres y con seguridad pudiesen volverse á su reino, accion heroica que ensalzó como se merecia Hernando del Pulgar.

Fue luego despues encargado el cardenal de componer las diferencias con el rey de Francia sobre los condados de Cerdeña y Rosellon, y á muy poco en las Cortes de Toledo consiguió la rebaja y exámen de las muchas mercedes que habia espedido D. Enrique, y estos y otros servicios importantes le merecieron ser nombrado para la mitra de Toledo, que vacó el 1482 por muerte de D. Alonso Carrillo, en cuya dignidad le reemplazó, reteniendo al propio tiempo las abadías de Valladolid, S. Zoil y Mercuria, que valian entonces mas de 50,000 ducados.

Cuanto más se acrecentaron su dignidad y riquezas, tanto mayores fueron los méritos que contrajo para con los Reyes Católicos, empleando sus cuantiosas rentas en las guerras contra los moros y en la conquista del reino de Granada, único baluarte que aquellos poseian en toda la Peninsula. Seria prolijo enumerar paso á paso las acciones y encuentros que tuvieron lugar durante aquella jornada; basta decir que el Cardenal y sus gentes, en union con el duque del Infantado, sus parientes y vasallos, tuvieron una gran parte en todos los triunfos que sucesivamente se consiguieron, y que al fin tuvieron por glorioso resultado la ocupacion de Granada, que se efectuó el 2 de enero de 1492, entrando el Cardenal en la Alhambra, y enarbolando en una de sus torres la cruz patriarcal y el estandarte de Castilla, y como legado á latere del Papa Alejandro VI, erigió en esa ciudad una iglesia metropolitana, dándola por sufragáneas las de Málaga, Guadix, y Almería, en cuyo recobro habia servido de mucho el Cardenal, así como en las fortalezas de Canblil y Alhabar, Loja y Baza, y esta fué agregada á su dignidad arzobispal, en la que aun permanece.

Fué muy célebre este año 1492, ya por la toma citada de Granada, ya tambien por la espulsion general que se decretó, á instancia y persuasion del Cardenal, de todos los judíos de España el 30 de mayo, que salieron de este reino en número de 400,000. Asimismo se dió en el principio al descubrimiento de las Indias Occidentales por el inmortal Colón; pero lo que tiene mas relacion con el arzobispo es, que en este año colocó la última piedra del gran colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, cuyos cimientos se habian echado el 1480; obra santísima, que está por todos lados demostrando la grandeza de su fundador, mucho más si se atiende á la rica dotacion que le adjudicó. Esta institucion sola bastaba para immortalizar al Cardenal, aunque á ella no se añadiese la del hospital de Santa Cruz, para los espósitos en Toledo; cuya ereccion dejó arreglada tan solo, y que se llevó á cabo despues de su muerte por sus albaceas con los cuantiosos bienes de su opulenta herencia.

Al año siguiente 1494, renunciando el Cardenal que su fin no estaba lejano, se retiró á Toledo, y despues de dar allí ciertas providencias, y tener el gusto de concluir de todo punto su magnífica catedral, que hacia 26 años que se habia puesto su primera piedra, se retiró á Guadalupe á disponer las cosas de su alma. Allí fué visitado de los reyes, que diariamente le comunicaban todos sus negocios. Otorgó su testamento por facultades apostólicas, que para él tenia, dejando por principal albaceas á la Reina Católica, á su so-

brino D. Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla, á al canónigo D. Juan de Leon, su familiar y mayordomo, y á Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, que luego le sucedió en la prelación de Toledo. Ya próximo á su fin, aconsejó á sus soberanos lo que creyó mejor para el bien de la religion y del estado, y en presencia de los mismos exhaló el último suspiro el domingo 11 de enero de 1795, en el magnífico palacio que habia labrado su hermano el duque del Infantado.

Yace sepultado, segun su postrimera voluntad, en la capilla mayor de la catedral de Toledo, en una bonita urna colocada en el muro de la izquierda, obra todo del famoso Alonso Cobarrubias; y solo el cardenal Mendoza pudo obtener esta prerrogativa, despues de las personas reales, que en la misma capilla yacen repultadas.

Fué este prelado de gentil disposicion y presencia, aunque autorizada y venerable; de claro entendimiento, rectitud y prudencia en los negocios. Amoroso y afable con todos, fué universalmente querido, con especialidad de su familia y séquito, que fue lucido y numeroso. Dejó en su catedral numerosas fundaciones, y mandó con especialidad que su guion arzobispal, que se habia enarbolado el primero en las torres de la Alhambra, fuese llevado en las procesiones, como aun se conserva. En Sto. Domingo de la Calzada, Calahorra, Sigüenza, Valladolid, Sevilla y Guadalajara, subsisten aun innumerables recuerdos de su generosidad. En Roma reedificó la iglesia y hospital de Santa Cruz, *in Ierusalon*, y mientras esa obra, se encontró la inscripcion que los judios pusieron en la Cruz del Redentor, suceso que aumentó mas y mas la devocion particular que siempre tuvo á este simbolo de nuestra redencion, y que se manifiesta en cuantos monumentos hizo construir su religiosa piedad.

Pero este hombre memorable tuvo sus debilidades y flaquezas, de las que fueron resultas dos hijos que dejó legítimos, para que le sucediesen en sus bienes patrimoniales, habidos de Doña Mencía de Lemus, dama que fue de Doña Juana, esposa de Enrique IV; y aunque el negocio se manejó con el posible recato, no ha habido cosa mas pública y sabida. El hijo mayor fue D. Rodrigo de Vihar y Mendoza, Señor del Cid, y primer marqués del Zenete, que casó en primeras nupcias con Doña Leonor de la Cerda, hija única del duque de Medinaceli, y en terceras con Doña María-Fonseca, hija del primer conde de Oropesa. Fué hombre valeroso, y especialmente en la campaña de Granada recibió por su heroismo muchas mercedes de los Católicos Reyes. Falleció el 1523, y yace sepultado en el convento de dominicos de Valencia.

El segundo hijo del cardenal fué D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Almenara y de Melito, príncipe de Trancobala, que se distinguió con especialidad en las guerras de Nápoles, y de él descienden los duques de Pastrana, condes de Calvez, Chinchon, Concaína y otros que seria ocioso enumerar.

Tambien se dice de otro hijo que tuvo el cardenal, de Doña Inés Tobar, hija de Juan de Tobar, señor de Caracena, y rico home de Enrique IV. Se llamó D. Juan Hurtado de Mendoza, cuyo hijo fué D. Diego Hurtado, que se marchó á Francia por haber tomado partido en las guerras de los comuneros. Casó en aquel reino, donde se fijó su descendencia, que poseyó el señorío de Manbille y otra porcion de titulos y rentas por merced del rey Francisco I.

Concluamos por último este artículo, diciendo del cardenal Mendoza lo mismo que Bolinbroke respondió respecto á las debilidades del célebre Bacon. "Fue tan grande su talento y tan luminosas sus obras, que hacen olvidar sus deslices, mucho mas, cuando la última página de su

vida reparó superabundantemente los yerros y debilidades de la primera.

N. MAGAN.

POESIA (1).

LA GLORIA DEL POETA.

Dichoso yo, si la celeste llama
De ardiente poesia,
Bajase á mí, que sin cesar la imploro.
Mil veces en la noche sosegada
Mientras vieste el rocío al tesoro
Al resplandor de la argentada luna,
Y al volver de la aurora;
Y en la siesta abrasada,
Entra el trinar del raiñero amante,
Bajo fríos tilos reclinado,
Con cítara sonante
Su benéfico númer he favoreado.

¡Poesía! alto dor que el alma enciendo,
Del mundo por los ámbitos que gira
Su inextinguible fuego propagando!
Al inquietamente estática te admira,
Sin comprender Cudosa
Entre confusas neblanas vacilando,
Si eres luz de Dios y en su morada
Entre aromas suavísimas, sonaste
Por las arpas de arcángeles templada.
Con tu mágico halago,
Se embabeció mi ardiente fantasía,
Y mil veces, álvivo,
Osé invocar tu inspiracion sublime;
Y otras, con ceño esquivo,
Por recatos eólicas recorriendo
De tus augustos hijos la memoria,
Solté aterrado mi impotente lira,
Tu influjo maldiciendo,
Que solo llanto y orfandad derrama,
Al que al aplauso de tu gloria aspira
Y entre el torrente de tu luz se inflama.

Trosponiendo los mares
Los risas de la Tracia peregrinos,
El pan de la miseria mendigaron
Con cánticos divinos
Que en los llanos del Asia resonaron;
Homero, el grande Homero
La noche de los siglos ilumina
Al resplandor de la incendiada Troya.
Con calva frente y ademán severo
Aun admiramos al cantor de Aquiles,
Mientras le oímos demandar con pena,
Susiento y vista, por la Jónia jugrada,
En el dolor de Priamo y de Elena.

Por donde quiera que la vista tiendo,
El rayo de tu aliento empozoñado
Víctimas solo al infortunio ofrece.

(1) Los lectores del Semanario habrán tenido ocasion de observar nuestra parsimonia en la insercion de composiciones poéticas, y el celo con que hemos procurado ofrecerles muchas (entonces inéditas) de los Señores Zorrilla, Bermudez de Castro, Gil, Romero, Tassara, Rabi, y otros pocos jóvenes honor de la moderna lira española. Hoy debemos añadir á aquellos el del Sr. Crijalva, autor de la siguiente oda, que tal apellidamos, y de las mas aventajadas en su género; esta bella composicion, que por sí sola bastará á merecer á su jóven autor el título de poeta, tan prodigado hoy con menos justicia.

A Ovidio desterrado
 Vemos entre los sármatas feroces;
 Dante, en Verona con igual estrella;
 Y Petrarca infeliz, llorando á solas,
 Lejos los tres de su nativo suelo,
 Con sed de gloria, demandando en vano
 A su patria feliz calma y consuelo.

Milton, sin ver el día
 En su estro ardiente y su laud divino,
 Siendo el sarcasmo de Bretaña impia,
 Halló la luz que le negó el destino.
 Del Tasso amante, el corazón de fuego,
 De su pasión en la eclipsada aureola
 Siente apagar su malograda llama,

Y en lóbregas prisiones
 Busca la tumba con mirada inquieta,
 Mientras Ferrara, que su triunfo aclama,
 Ciñe la sien del inmortal poeta.

¡Y otros así también! ¡Y España acaso?..

¡Oh mi suelo adorado!

¡También ingrato con tus hijos fuiste!..

Tu nombre respetado,
 La redondez del globo recorriendo,
 De un mundo al otro mundo eternizaste
 Al son del parche y militar estruendo.

Derrotadas naciones

A tu carro imperial uncidas viste:

¡Y á los que gloria y esplendor te dieron

Ensalzando tu fama,

Y al genio enaltecido

Que el blando Henares con orgullo aclama,
 Con desden criminal dieste al olvido!

¿Será que el fuego ardiente
 Que el vivo ardor de inspiración envía,
 Busca la planta que ostentó lozana

Mas pompa y gallardía,

Porque, tronchada al golpe de su rayo,
 Ante sus aras en incienso suba,

Del viento acariciada,

Por la inocencia y el amor llevada?

¿Será que, el santo fuego,

Que de las aras del olimpo llega,

Con llanto cobra y desventura solo

La eterna llama que al mortal entrega?

¿Acaso silenciosa

Entre perfumes oscilante gire,

Con falso hechizo y engañoso halago

Trocando el bien del que su encanto aspire?

Mas no, tú eres divina,

Tu esencia pura al corazón halaga,

Y entre entusiasmo y gloria

Jamás tu eterno resplandor se apaga.

Tú al que lloró oprimido

En el tumulto ó soledad, sus penas

Con invisible halago consolaste;

Y á Cervantes y Homero,

Y á Ovidio y Dante, en el destierro odiado,

Las armónicas arpas les templaste.

Tú al que inspirado llora

Su eterna noche y soledad consuelas

Al lumínar de tu brillante aurora.

Tú sola le defiendes

Del desengaño y la opresión tirana.

¡Tú, en sus vigiliás eterna amiga!

Ni el loco aplauso y la lisonja vana
 Que el mundo le prodiga,
 El vate ansioso en conquistar se afana.
 Cual cisne solitario, en raudo vuelo,
 Ya con su amante musa,
 Y entre las ruinas de altos obeliscos
 Su dolo al mundo y su impiedad le acusa.

A su despecho, en cántico sublime,
 Del núnem inspirado,
 Castiga el vicio y la ambición retrata:
 Pinta á la esposa que ultrajada gime,
 Al moribundo anciano en su agonía,

A la infeliz amante
 Que entre celosa siurazon porfia,
 Y odio y amor en su delirio iguala;
 Canta la mariposa, el sol brillante,
 La luna, el mar, el soto, el viento, el ave;
 Que, en el feston de sus brillantes dones,
 Con tintas y cambiantes, sombra y gala,

Entre angustia y pesares,
 Espléndida natura le regala
 Al melodioso son de sus cantares.

Con sed de libertad ardiendo en ira

Y en alas de su gloria,

Con patriótica trompa, el gran Tírteo,

Llevó al lacedemon á la victoria.

Aún su furor previene,

Con voz tonante, el indignado Alceo,

Contra el déspota andaz de Mítilene.

Por donde quiera el vate entusiasmado

Demanda al mundo sus heroicos hechos,

Y en alas de su genio remontado

Por inclitas bazañas,

Recorre los anales, las historias,

Las nubes y desiertos,

Y en su veloz corrida

Hasta en la paz de los sepuleros yertos

La gloria ensalza del que el mundo olvida.

Los dioses que adoraron

Las antiguas ciudades de la Grecia,

La palabra del vate eternizaron;

Y Sócrates, muerto idolatró á su Homero.

Mas no la vana pompa

Del sacerdocio en su esplendor primera,

No el rantar cual profeta

Su armónico laud divinizando,

Con doble halago enagenó al poeta;

Ni del renombre que hallará en la fama

El giro incierto en soledad le inquieta.

El fuego, el fuego santo,

Que arde en su sien, comunicarse ansía

En el raudal de su inspirado canto.

Su esencia es la armonía.

Cual águila caudal, en la alta roca

El sol y el torbellino desdeñando

Solitario se eleva,

Y, el vuelo remontando,

Suelta la voz, en himnos de victoria

De la inmensa natura

Dando el aplauso, entre el incienso y gloria

Que su inspirado núnem le asegura.

JOSE DE GUAJALEA.

Se suscribe al Semanario en las librerías de la *Viuda de Jordan é Hijos*, calle de Carretas, y de la *Viuda de P.*, calle Mayor frente á las gradas. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

En las mismas librerías se venden juntos ó separados los seis tomos anteriores de la colección desde 1836 á 1841 inclusive. Precio de cada tomo en Madrid 36 rs., y tomando toda la colección á 30. A las provincias se remitirán los pedidos que se hagan con el aumento de seis rs. por tomo del franqueo del porte.